



## *Los gentilicios japon y japonés*

Manuel Alvar

En la última edición del *Diccionario* (1984) académico se incluye *japón* «natural de Japón» como adjetivo anticuado y *japonés* como «natural del Japón, perteneciente a este país de Asia, lengua del Japón». Las formas responden con exactitud a dos cronologías bien caracterizadas. El *Diccionario manual* recoge una y otra palabra, aunque la primera como poco usada. Lógicamente, en un diccionario llamado *esencial*, *japón* ha desaparecido, según es justo, pero el viejo adjetivo subsiste en algún arcaísmo. Monje Ayala, en su *El Arte de la encuadernación* mantiene la forma del singular, aunque debiera concertar en plural, lo que señala la fosilización del adjetivo que se mantiene inalterable<sup>1</sup>; el *DRAE* recoge *papel japonés*<sup>2</sup>, que es una modernización del viejo término. Acaso más sorprendente que todo ello sea el femenino *japona*, tan usado en lo antiguo, y que en un pueblo de Granada<sup>3</sup> recogimos como «variedad temprana de nísola». La situación al parecer es ésta: *japón -a* ha desaparecido virtualmente de la lengua viva y queda en el reducto de una artesanía o en el fósil, inexpresivo ya, de un término muy arcaico.

Sin embargo, *japón* «japonés», *japona* «japonesa» tuvieron vida muy activa en los siglos XVI y XVII y aun llegaron hasta el siglo XIX en que - como segado por un certero golpe de guadaña- desaparecieron por completo de la literatura. Nos quedan, pues, una colección de testimonios que, lógicamente, empezaron a documentarse en los misioneros jesuitas que se dirigieron hacia las tierras del Extremo Oriente. Así, en la vida de San Francisco Javier que pergueña el P. Rivadeneyra<sup>4</sup> y, sin salir de las páginas 103-105, hay *japón*, *el japon Anger*, *un hombre japon y los japoses*. En la

edición del P. Acosta de la *Historia Natural de las Indias* se facilita una muy curiosa información:

nos dezia el padre Alonso Sanchez, que el tiempo que anduuo en la China, trayendole en tantos tribunales de Mandarin en Mandarin para escreuirle su nombre en aquellas chapas que ellos vsan estauan gran rato, y al cabo salian con nombralle a su modo, en vn modo ridiculo que apenas acertauan con el. Este es el modo de letras y escriptura que vsan los Chinos. El de los *Japones* es muy semejante a este, aunque dé los Señores *japones* que estuvieron en Europa afirman, que escreuian facilmente en su lengua qualquiera cosa, aunque fuessen de nombres propios de aca y me mostraron algunas escripturas suyas<sup>5</sup>.

También en un documento de 1611<sup>6</sup> volvemos a atestiguar el término, que debió designar a un «baile deshonesto», según el testimonio de Rodrigo Caro<sup>7</sup>.

En el siglo XVII, la *Conquista de las Malucas* de Bartolomé Leonardo de Argensola, nos brinda una buena documentación<sup>8</sup>, secundado por otros autores de su región: el P. Palafox<sup>9</sup> o Baltasar Gracián<sup>10</sup>. De otra parte están el Inca Garcilaso<sup>11</sup>, Lope de Vega<sup>12</sup>, Tirso de Molina<sup>13</sup> y el *Viaje del Mundo*, de Pedro Ordóñez de Ceballos<sup>14</sup>.

Desde 1701, la documentación se adentra en el siglo XVIII: Villagutierre Sotomayor<sup>15</sup>, Feijoo<sup>16</sup>, el P. Isla<sup>17</sup>, Burriel<sup>18</sup>, M. G. Suárez<sup>19</sup> y aun alcanza los años del XIX<sup>20</sup>. Es notable comprobar que la primera gramática española japonesa tenga en su título un término que se acercaba al arcaísmo: Fray Melchor Oyanguren de Santa Inés, *Arte de la lengua japona, dividido en quatro libros, según el Arte de Nebrixa*. México 1738. Pero el siglo XIX significa el final de una voz que contaba con tradición aceptada: desaparece por completo y *japonés* cuenta como documentación única en los materiales del *Diccionario histórico*, y creo que se acabó con el uso de las dos palabras, toda vez que el *DRAE* introdujo *japonés* a partir de 1817 y consideró a *japón* como arcaico a partir de 1984 (lo había registrado en 1803; en ese mismo año aceptó *japonense* como «japonés»).

El exotismo modernista acabó imponiendo la forma *japonés*, probablemente reforzada por imitación francesa: válgannos los testimonios de Rubén Darío<sup>21</sup> o de Delmira Agustini<sup>22</sup>, con la incorporación de un exotismo llamemos decadente. Eugenio D'Ors, al glosar a *Amiel en Vich*, dejó esta apostilla caracterizadora: «He aquí {a finales del siglo XIX} a Aubrey Beardsley, a Felicien Rops, al vizconde de Toulouse-Lautrec, corruptos de japon y de prostitución»<sup>23</sup>; de ellos pasó a nuestra América, según Max

Henríquez Ureña, «Julián del Casal, con *Kamemono* (1892) y *Sourimono* (1893) incorporó a la corriente modernista el japonésismo»<sup>24</sup>, y aun podríamos añadir el prestigio de Sada Yacco, la danzarina japonesa que contó con la afección de Picasso<sup>25</sup>.

En portugués, país europeo que primero tuvo contacto con el Japón, se documentó *japão*, *japona* como «japonés; -a» en la *Relación* de Mascarenhas s. XVI y en la *Historia do Futuro* del P. Vieira (1718)<sup>26</sup>.

En italiano, *giappone* «japonés» se recogió en Matteo Ricci (1552-1610) y *giappona* en Francesco Carletti (1573-1636), por más que hoy estén anticuados<sup>27</sup>.

Al parecer, en francés la documentación es más tardía, pues, sólo a partir de 1730, aparece *japon* como «porcelana del Japón»<sup>28</sup> y de finales del siglo XIX son ejemplos como «collection de *japons* anciens»<sup>29</sup>, aún es posterior el significado de «papier de couleur ivoire, originairement fabriqué au Japon avec des fibres de mûrier («édition de luxe sur *japon* impérial»<sup>30</sup>).

Así pues, del portugués o del español el término *japón* y su femenino *japona* pasaría a otras lenguas y, si nos atenemos a la fonética, el femenino portugués se muestra bajo aspecto castellano y desde esa «primera forma» evolucionó normalmente a *japôa*<sup>31</sup>. Creo que poseyendo en castellano las documentaciones más antiguas del patronímico, habría que pensar que, desde él, pasó a las otras lenguas cultas de Europa, incluido el portugués.

¿Qué ha ocurrido para la tajante sustitución? Porque *japón* (< Japón), y *nipón* (< Nipón), tienen un final que no extraña, pues están dentro de la posibilidad de designar a las gentes de un país exótico con el nombre de su tierra<sup>32</sup>, que puede apoyarse en los gentilicios en *-ón*, procedentes de nombres geográficos en *-nia* (> *-ña*): *Borgoña* - *borgoñón*, *Bretaña* - *bretón*, *Gascuña* - *gascón*, *Laponia* - *lapón*, *Lituania* - *letón*, *Sajonia* - *sajón*, a los cuales se añade algún otro como *Frisia*- *frisón*.

*Japón* servía tanto para el país como para sus pobladores, lo que resultaba enojoso. Entonces *japonés* vino a sacar de apuros, por cuanto *-és* servía para formar gentilicios (*milanés*, *aragonés*, *leonés*, *portugués*)<sup>33</sup>.

La difusión en francés del sufijo *-ais* (< ése < *-ensis*) se debió a su carácter productivo: se utilizó únicamente para formar derivados de nombres de lugar y de países; en tal sentido, muy a finales del siglo XIX aún podía reemplazar a otros patronímicos (*basquais* aparecía en vez de *basque*)<sup>34</sup>.

En relación con *japonais* está otro gentilicio exótico: *chinés*. En francés no existe sino *chinois*, a partir del siglo XVII (testimonio de Le Robert), forma

que queda al margen de las otras románicas: italiano *cinese*, documentado en Daniello Bartoli, en la *Istoria della Compagnia di Gesù. La Cina descritta dal padre D. R.* (1660), portugués *chinêse*, que ha de ser tardío<sup>35</sup>, y español *chinés*. La documentación de este adjetivo en nuestra lengua es tardía, aunque *La verbena de la Palomalo* difundió en unos versos harto conocidos («dónde vas con mantón de Manila, / dónde vas con vestido chinés») no debió contar con aceptación popular: he oído cantar la letra con formas como *chiné*, *chinel*, que acreditan la incompreensión del gentilicio<sup>36</sup>. Sin embargo la palabra se usó desde el siglo XVII, en que, al parecer, consta en J. Osobio de Castro<sup>37</sup>, y en el XVIII, Feijo<sup>38</sup>, Sarmiento<sup>39</sup>, Concolorcorvo<sup>40</sup>, Clavijo<sup>41</sup> y, ya entrado el siglo XX, aparece en don Armando Cotarelo<sup>42</sup>.

La historia de *japón* - *japonés* se nos presenta sin grandes problemas, aunque sea de cierta curiosidad. *Japón*, *-a* se aceptó como componente de una familia en la que el sufijo *-on* servía para indicar la procedencia de algunas gentes, pero su homonimia con el país designado, hizo que se buscara la sustitución del término antiguo<sup>43</sup>; entonces, el francés *japonais* vino a resolver las dificultades a la vez que traía un mundo exótico que floreció con el modernismo. Dentro de la corriente estaría *chinés*, que no logró arraigo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**